

Rubén Alberto Posse

Nacido en San Miguel del Tucumán el 9 de febrero de 1925 donde transcurre su niñez y su adolescencia, se traslada a estudiar Medicina a la ciudad de Córdoba, donde obtiene su título de médico cirujano. Posteriormente viaja a España para realizar estudios en los Servicios de los Dres. Gilbert-Queraltó en Barcelona y Jiménez Díaz y Gregorio Marañón en Madrid. De vuelta en Buenos Aires ingresa en el Pabellón Inchauspe del Servicio de Cardiología del Hospital Ramos Mejía que dirigía el Prof. Blas Moia, donde inicia y completa sus estudios en Cardiología. En 1956 llega al Servicio de Cardiología del Hospital Interzonal General de Agudos Eva Perón donde llegará a ejercer su Jefatura y ser el verdadero artífice de su creación.

Desde el comienzo centró su interés en la electrocardiografía, que realmente lo fascinaba como herramienta de diagnóstico clínico. Luego los marcapasos llamaron su atención y en enero de 1962 se coloca en su Servicio el primer marcapasos, el primero en el país y en Sudamérica. En ese campo comienza a trabajar con el Dr. I. Bein en electrofisiología midiendo la velocidad de conducción del estímulo eléctrico a nivel del tejido auricular y ventricular, trabajo por el cual obtiene el Premio Bianual de la Sociedad Argentina de Cardiología en 1963-64.

En la SAC ocupó muchos cargos en diferentes comisiones directivas, hasta llegar a su Presidencia en 1975 y a la Presidencia del XVI Congreso de la Cardiología Argentina y Simposio Internacional de Marcapasos en 1977. También fue Presidente de la Fundación Cardiológica Argentina en el período 1989-1991.

En 1971, cuando lo conocí, ya dirigía el Servicio de Cardiología y se interesaba muy especialmente en la formación de los cardiólogos jóvenes, en fomentar sus inquietudes, en desarrollar sus potencialidades en la investigación y en el trabajo científico. Espíritu inquieto, hacedor, lector, siempre ávido de conocimientos y de la profundización del pensamiento científico, instaba siempre a la lectura y al trabajo.

Compartimos muchos momentos, muchos congresos aquí y en el extranjero. Allí nos mostraba con una precisión y una memoria asombrosas los lugares que había conocido en su juventud, en una Europa que había recorrido recién salida del horror de la guerra, nos contaba las peripecias de vivir allí durante esos primeros años de posguerra, donde era mucho lo que faltaba. Nos asombraba y nos deleitaba su conocimiento de los lugares, de sus relaciones históricas, de su significación en la realidad actual. Sus charlas demostraban siempre su humanismo y su espíritu amplio y comprensivo.

Fue un hombre poseedor de una vasta cultura general, lector de todo lo que pasaba por sus manos, que analizaba con espíritu fino, y en cuanto lo encontraba interesante estaba ansioso por compartirlo con sus amigos. Siempre estuvo interesado en los problemas de su país, con sus avatares políticos, y lo imbuía un profundo compromiso democrático.

Se retiró de la práctica hospitalaria en 1990 y permaneció como médico consultor.

Siguió concurriendo al hospital hasta los últimos días de su vida, y siempre con el aporte de ideas e inquietudes que poseía en gran número, como también una fuerza encomiable para llevarlas adelante.

Los que tuvimos la suerte de compartir con él su trabajo hospitalario podemos decir que conocimos a un hombre que desde su lugar en la dirección de un servicio fue increíblemente generoso; todo lo que obtuvo y tuvo en ideas, invitaciones a reuniones y congresos e investigaciones clínicas, lo distribuyó generosamente, en especial entre los más jóvenes. También como pocos abrió las puertas sin limitaciones a todo aquel que quisiera armar su propio camino, cobijándolo y protegiéndolo permanentemente.

Su desaparición nos entristece, porque fue fundamentalmente un buen hombre y un buen maestro y éste es el mejor recuerdo que de él nos queda.

Dr. Alberto Raúl Lapuente